

el 24 de abril de 2008

Por fr. FRANCESCO D. COLACELLI

Ha sido un día memorable. Escrito con caracteres indelebles de la fe en el interior de los miles de devotos que, en una mañana de un día laboral, han dejado todo para volver a abrazar idealmente a "su" Padre Pío. Pero muchos se han tenido que contentar siguiendo el evento por televisión.

No lo olvidaremos nosotros frailes capuchinos de cualquier parte del mundo, físicamente presentes o idealmente representados por el vicario general de la Orden fr. Felice Cangelosi, que nos hemos sentido de nuevo llamados a los empeños propios de nuestra vocación religiosa delante del tripudio de honor tributado al Hermano, que se ha vuelto santo no por el efecto de los estigmas o de los otros dones sobrenaturales, sino por la coherencia con la cual ha llevado encima el sayo de San Francisco.

Quedará imborrable ciertamente en la memoria de nuestro amado arzobispo Domenico Umberto D'Ambrosio que, por primera vez, el 24 de abril, ha podido segar con júbilo las gavillas de una experiencia espiritual profunda, después de haber sembrado y cultivado con cuidado un gran evento, si no con lágrimas, ciertamente con tristeza, por las incom-

prensiones y las calumnias que ha tenido que soportar. Se conservará como un tesoro en la memoria también de los más de 250 sacerdotes concelebrantes, en los 26 obispos y en el cardenal José Saraiva Martins, que admirablemente ha pintado san Pío de Pietrelcina con una expresión lírica en su homilía, sosteniendo que este "apóstol de nuestro tiempo" se ha vuelto "para todos fuente que brota en la aridez de nuestros días"

Había viento en la mañana del 24 de abril. Un viento fuerte, como el que soplabla la tarde de la exhumación. Como el que deshojaba las páginas del Evangelio sobre el ataúd de Juan Pablo II durante el funeral. "Es el soplo del Espíritu", había dicho una vez el mismo Papa durante una celebración disturbada por ráfagas impetuosas, para después añadir: "Y el Espíritu sopla donde quiere". En San Giovanni Rotondo, aquel viento, desde el momento de la Comunión ha barrido las nubes que tenían prisionero los rayos del sol. Y exáctamente cuando la procesión de los concelebrantes llegaba a la cripta y sobre la gran pantalla, en el exterior, venían difundidas las primeras imágenes del cuerpo del Padre Pío, el paisaje, todo alrededor, se cubría de nuevos, y más intensos colores. Parecía

casi una respuesta. Un signo de coraje para ayudar a quien ha querido cumplir un gesto de amor, hacia Dios, hacia el santo Capuchino, hacia tantos fieles y devotos. Un signo de claridad que, con las nubes, ha barrido las palabras inútiles y alguna vez dañinas de delatores e inadmisibles profetas de desventura.

El árbol se reconoce por los frutos, dice el Evangelio. En estos primeros días, al salir de la cripta, sobre los rostros y en las palabras de tantos peregrinos se han podido leer emociones, conmociones, serenidad. Todos los senderos que, si son recorridos hasta el final, llevan a un único camino maestro: el de la santidad. Nos lo recuerda la estola que resalta sobre el sayo marrón del Padre Pío. Es blanca, el color de la gloria. Ha sido colocada sobre un cuerpo que ha sufrido la natural corrupción mortal de todas las criaturas, pero es el cuerpo con el cual un hombre, uno como cualquier otro, ha sabido llegar a la perfección de la vida cristiana, a la que todo creyente es llamado.

Muchas otras semillas madurarán hasta el 23 de septiembre de 2009. Es nuestra esperanza. La gracia de Dios la transformará en certeza. ■